

Volver a lo esencial – documento amplio
Programa para la candidatura a decanatura de la Facultad de Artes



Miguel Huertas Sánchez

NOTA:

Este documento recoge y amplía lo planteado en el texto **documento. MH.pdf**, divulgado originalmente. Dado que se trata de una reflexión en curso, el orden y la nomenclatura asociada a algunas ideas puede variar, pero el sentido permanece igual.

Introducción	3
Propuesta resumida en cuatro puntos estratégicos	5
1. Un diálogo interno que recupere la esencia política del pensamiento pedagógico	5
Tenemos un exceso de administración y una tremenda escasez de reflexión pedagógica	8
Con o sin constituyente universitaria, hoy necesitamos prioritariamente repensarnos	9
El distanciamiento	9
2. Una Reflexión colectiva sobre la salud emocional de la comunidad	11
3. Una política de comunicación e información Publicaciones	13
Publicaciones	13
Comunicaciones	13
4. Impulsar la creación de un sistema nacional de investigación en artes y humanidades y un centro nacional de la imagen.....	15
La investigación y las artes	15
Antecedentes	16
En busca de una Nación diversa	18
La extensión	19
Consideraciones finales	20

Introducción

I.

Una decanatura es un lugar político definido por una doble valencia: la primera (su mayor fuente de legitimidad) conecta con la comunidad que representa; la segunda conecta con un proyecto político de las autoridades universitarias, con las que puede tener más o menos afinidades; ellas, a su vez, conectan con el gobierno nacional. Cada una de estas dimensiones le plantea una complejidad que debe ser atendida, pero lo que indudablemente no puede perder de vista en ningún caso es su propia identidad, de donde extrae la materia para su configurar su comunidad.

Una decanatura, entonces, no es simplemente una dependencia administrativa, ni es una gerencia. Es una instancia de representación de una comunidad pensante y, por lo tanto, con un proyecto político que, si bien debe atender lo material, se debe sobre todo al cultivo de un espíritu colectivo cuyo fundamento es el acto pedagógico.

Ahora bien, Nuestra comunidad se encuentra altamente fragmentada, dispersa y dolida; sin embargo, dado que vivimos tiempos de transición, debemos ponernos en capacidad de tomar las decisiones adecuadas que, fortaleciendo previamente nuestro interior, nos permitan proyectarnos y ampliar nuestros aportes a la construcción de lo colectivo en medio de la agitación de los tiempos. Para ello, debemos revisar muy profundamente nuestra cotidianidad, reencontrarnos y ser de nuevo, juntos.

II.

Soy un artista-profesor adscrito a la Escuela de Artes Plásticas, vinculado al doctorado en arte, arquitectura y ciudad (línea estética y crítica), investigador en educación e historia política de las artes. Mis estudios superiores los realicé en nuestra facultad, a la que ingresé como profesor ocasional en 1992 y de planta en 1993. He tenido una vida profesional de entrega total al pensamiento pedagógico, con una condición: poder pensar desde el arte. Sobre eso he escrito varios libros, artículos, ponencias, y realizado obras en diversos medios. Como artista y como profesor he recibido varias distinciones. He ocupado cargos académico administrativos de responsabilidad. Soy dibujante, y mi lugar natural es el aula, sea en talleres o en seminarios de investigación; mis experiencias me han permitido hacerme un panorama amplio de los problemas políticos de la enseñanza superior de las artes en la Universidad y en el país.

Desde este lugar propongo un cambio en el centro de gravedad: trabajar para el fortalecimiento de nuestra comunidad; una comunidad diversa que simultáneamente comparte principios comunes y convoca diferencias y que merece una mejor participación en la toma de decisiones que la afectan en todos los niveles para trabajar con una clara conciencia de ser ante todo una institución educativa, en la que se estudia, se delibera y se actúa sobre las imágenes y discursos de una Nación, constitucionalmente definida como multicultural, y aspira a condiciones dignas que permitan el crecimiento individual y colectivo.

Evidentemente, la Facultad y la Universidad ya avanzan en esa dirección, pero enfrentan grandes dificultades que las alejan del estado ideal que podrían tener según sus grandes posibilidades. Para caracterizar a grandes rasgos esas dificultades, podemos señalar algunos elementos.

En 2002 inició la reforma llamada *Revolución educativa*, cuyo ideal de universidad se define por principios economicistas y tecnocráticos, sometida a una administración verticalista, dogmática y nulamente dialogante, que ha hecho estragos en la cultura, las artes y la educación en Colombia y que alcanzó su mayor poder destructivo con las medidas tomadas durante la pandemia de 2020 y 2021 y con la *Segunda misión internacional de sabios*. Con la imposición de ese modelo ortodoxamente neoliberal, se ha borrado la memoria de las comunidades académicas y sociales y se crearon las condiciones para una de las peores crisis que haya conocido la Universidad Nacional.

Pero no es la única causa. Por diversas razones, tanto en la Universidad en la Facultad de Artes, no hemos sabido situarnos en ambiente sereno en el que nuestra diversidad no sea una contrariedad, sino una virtud. A pesar de las filiaciones profundas de nuestras disciplinas y de sus orígenes compartidos, seguimos tendiendo a privilegiar las diferencias y no lo común, de manera que nos resulta demasiado difícil –con frecuencia, imposible- dialogar entre las distintas unidades.

Por estas razones la prioridad es intentar reconstruir el tejido social y los sentimientos de comunidad en una suerte de círculos concéntricos, empezando por nuestra cotidianidad curricular como foco y avanzando hacia los contextos de facultad, de Sede, de Universidad y de Nación.

Propuesta resumida en cuatro puntos estratégicos

Propongo cuatro puntos, a manera de escenarios de diálogo:

1. Recuperar la esencia política del pensamiento pedagógico.
2. Una Reflexión colectiva sobre la salud emocional de la comunidad. Las políticas educativas neoliberales, los abusos de poder, la pandemia y el conflicto en la Universidad generan hoy un estado de fragmentación de la comunidad.
3. Una política de comunicación e información que relance la publicación y divulgación de nuestras producciones y abra diálogos profundos en la Facultad, con la Sede, con la Universidad y con el país, dentro de una administración cercana y participativa.
4. Impulsar la creación de un sistema nacional de investigación en artes y humanidades y un centro nacional de la imagen.

Siguiendo esta estructura, describo con más detalle algunas particularidades de cada punto.

1.

Un diálogo interno que recupere la esencia política del pensamiento pedagógico

Aristóteles advertía que el ser humano es un animal político, puesto que vive y se desarrolla en sociedad y que su naturaleza está orientada hacia la vida en comunidad. Para ello, necesita desarrollar virtudes cívicas, de modo que la educación es fundamental porque transmite los valores y normas necesarios para que los individuos puedan vivir en armonía, contribuir al bienestar común actuando de manera justa y virtuosa. La educación no solo tiene un propósito individual, sino también comunitario y dura toda la vida. Para él, sin una educación adecuada, los individuos no pueden cumplir plenamente su naturaleza política ni contribuir adecuadamente al bienestar de la comunidad.

Dialogando con habitantes del valle del Sibundoy sobre su *educación propia*, resulta claro que ella contiene toda su cosmogonía y su estar en el mundo en un proceso integral que, en gran medida, pasa por la chagra y una ritualidad cotidiana que no se divide en áreas ni componentes, ni depende de una planificación estricta.

Rousseau daba en sus reflexiones pedagógicas, una gran importancia a la noción de autonomía: la capacidad del individuo para guiar su propia vida de acuerdo con la razón y la libertad. Debería permitirse al alumno desarrollar su propio juicio y sus capacidades a través de la experiencia y la reflexión, más que a través de la imposición de reglas y conocimientos externos, de manera que contribuya al bienestar común, equilibrando la libertad personal con la responsabilidad social.

Agustín Nieto Caballero, rector de la Universidad Nacional en 1939 y 1940 decía en uno de sus discursos al estudiantado (porque sí se puede tener una comunicación directa con él): “Quisiéramos que la Universidad no fuera solamente la fábrica de profesionales más o menos

expertos, sino también un laboratorio de investigación cuyas luces estuvieran permanentemente encendidas, y un refugio seguro para la juventud estudiosa de toda la nación”.

Manuel Quintín Lame, rechazó fuertemente la educación tradicional de su tiempo y vale la pena recordar sus ideas, porque las condiciones que vivió no han cesado del todo. De hecho, sigue siendo muy necesaria su crítica porque siguen siendo reales la colonización cultural, el desconocimiento de la realidad indígena, la imposición de unas visiones eurocéntricas que no ofrecen espacios para que los estudiantes indígenas pudieran aprender sobre su propio patrimonio cultural y sus formas de conocimiento tradicionales, reforzando la percepción de que su cultura es inferior.

Paulo Freire usó el término "educación bancaria" para describir un modelo tradicional de enseñanza en el que el conocimiento se deposita pasivamente en los estudiantes, en lugar de ser construido activamente a través del diálogo y la reflexión. Reduce al estudiante a ese rol pasivo, cuya función principal es memorizar y reproducir, sin que sus experiencias previas sean tenidas en cuenta, con docentes que ejercen un control autoritario sobre el proceso educativo, decidiendo qué conocimientos se deben transmitir y cómo, y sin ninguna participación activa ni crítica. A este modelo opuso el de la Educación Problematicadora en el que estudiantes y docentes trabajan juntos para explorar y analizar la realidad, plantear preguntas y buscar respuestas en un proceso de construcción conjunta del conocimiento. Es un enfoque más dinámico y participativo, que fomenta la reflexión crítica para transformar la realidad.

El academicismo del siglo XIX implantó en el ADN del profesor el concepto de **corrección**. El neoliberalismo imperante depuró ese concepto y degrada al docente a ser figura de control, cuya única función sería la de obtener un producto predeterminado. Por esta vía, se ha deteriorado el sentido de las instituciones educativas, hasta el punto de que, en nuestro caso, considero que, más allá de problemas organizativos, presupuestales o ideológicos, el problema más grave de la crisis de la Universidad Nacional es la pérdida del horizonte pedagógico.

Los anteriores son solamente una pequeña muestra de discursos pedagógicos que todos suponemos conocer, pero que tienden a desdibujarse muy rápidamente en la práctica cotidiana, porque difícilmente la Universidad habla de eso, **dado que no hay casi lugares en donde esa actividad pedagógica central se piense**: si observamos la estructura de la institución los lugares de pensamiento específicamente pedagógicos serían las coordinaciones, áreas y direcciones curriculares pero, vistos de cerca, estas últimas se ocupan de asuntos administrativos como la creación de programas, procesos de acreditación y de evaluación y no son lugares de reflexión política sobre lo que somos como comunidad escolar. En las Facultades, las coordinaciones de programa se agotan en asuntos administrativos como: procesos interminables de inscripciones y cancelaciones, programación de salones y acreditación; sin embargo, permanecen como los únicos lugares en donde se revisa la cotidianidad del programa, porque las áreas curriculares, que serían el lugar natural de la reflexión interdisciplinar en un primer nivel, deben pasar su tiempo

nuevamente en temas de contratación y, nuevamente, de acreditación. La dirección de área asiste al comité de directores, allí se supondría un diálogo interdisciplinario de segundo nivel, pero en la práctica se reduce a ser un lugar de trámite de asuntos previo al Consejo de Facultad, en cuya desbordada agenda una discusión de orden puramente pedagógico sería algo totalmente excepcional.

En el espacio de los posgrados el problema es mucho más grave: **no existe en nuestra facultad un solo espacio en donde los posgrados se piensen como ciclo de estudios con sus particularidades y especificidades, de manera que no tienen una orientación pedagógica general en absoluto.** Eso está creando condiciones no solamente de aislamiento y ensimismamiento de los programas, sino también crea condiciones para casos de violencia simbólica en sus relaciones con el estudiantado.

Ciertamente, en la Universidad existe la Unidad de Transformación Pedagógica, pero en ella no se trata del sentido político que aquí se reseña, sino a temas didácticos y ya tiene una toma de partido definida por una sola tendencia pedagógica, a saber, *el aprendizaje*, como lo define su propia presentación:

*En la UTP ofrecemos talleres y sesiones personalizadas para acompañar el diseño de cursos centrados en el aprendizaje**.

En el debate actual sobre políticas educativas ocupa un lugar importante la transformación de las instituciones de enseñanza en instituciones de aprendizaje. No es éste el lugar para profundizar en él, solamente para mostrar un ejemplo de cómo se han estado tomando en las rectorías pasadas decisiones que determinan profundamente aspectos estructurales y misionales de la Universidad, sin que sea claro cómo, dónde y por parte de quienes se toman esas decisiones; cito dos fragmentos de un investigador de la Universidad de Antioquia,

...el aprendizaje es una tecnología económica neoliberal de los sujetos, esto es, una manera de volver superlativas todas sus habilidades y capacidades para un máximo de producción. Esta producción no está solamente pensada como bienes de servicio, sino como producción de sí mismo y en esa relación se ordena y se controla la vida de los sujetos en la escuela estimulando las competencias y su desarrollo para ordenar sus acciones.

[...]

El aprendizaje constituye y tiene la tarea de constituir al maestro como un sujeto de control y al estudiante como un sujeto autogobernado, a través de un gran equipamiento que viene dado por el Estado, los intelectuales de la educación y por las instituciones formadoras. †

La UTP es la unidad que ha asesorado y determinado los parámetros para las reformas de los pregrados que fueron iniciadas por la rectoría anterior.

* <http://diracad.bogota.unal.edu.co/utp/servicios>

† Barragán, Bernardo, *La escolarización en Colombia (1970-2015) - De las instituciones de enseñanza a las instituciones de Aprendizaje*, tesis del Doctorado en educación, Universidad de Antioquia, Medellín, 2017, pp. 105, 186 (resaltados agregados).

Tenemos un exceso de administración y una tremenda escasez de reflexión pedagógica

En las condiciones descritas, nuestro lugar esencial de construcción de sentido resulta ser muy pequeño, cuando no un *no-lugar*.

Cuando se hace una crítica al estado de la educación, en los círculos de poder invariablemente se plantea que el problema es que los docentes son malos y se propone siempre la misma solución: presionar más, obligarles a estudiar y a *comprometerse* más; revisar nuevamente sus jornadas de trabajo -como pasa en nuestra actualidad- como si el problema central no fuera la falta de apoyo a la educación en todos los frentes. En realidad, también el profesorado es víctima de una política insidiosa que debe ser transformada por un poderoso movimiento que surja de las aulas y retorne la dignidad al ejercicio pedagógico. Mientras el sistema educativo habla de “educación de calidad”, lo que hace es implementar políticas de eficiencia en el gasto y evaluaciones punitivas que garantizan el control sobre los discursos.

Por eso, la pérdida de sentido del quehacer cotidiano no es un accidente, sino una estrategia política que en las últimas dos décadas ha sido hábilmente instalada en la Universidad Nacional y que ha logrado que el ejercicio de la docencia se haya desplazado de la búsqueda, del compartir y la ampliación del conocimiento a una suerte de *emprendimiento* impulsado por *experiencias exitosas*.

La ausencia de un núcleo de pensamiento pedagógico ha contribuido enormemente a la fragmentación de la comunidad. Cuando la identidad se pierde, todo entra en crisis. De eso es de lo que hay que hablar y, por eso, hay que recuperar el sentido profundo de coordinaciones y áreas curriculares. No me refiero a reformarlas, al menos por ahora, porque lo que se requiere es un cambio de pensamiento, no de administración. Con un ajuste fundado en lo pedagógico, esas unidades serán el centro desde el cual se proyecte un pensamiento renovado que nos vincule interna y externamente a los grandes debates, procesos y luchas del momento. Es allí donde se construye *escuela* en el sentido de *comunidad de pensamiento*.

Para muchos es evidente que la Universidad Nacional necesita un cambio de rumbo; de qué magnitud, hay diferentes opiniones, yo soy partidario de la constituyente universitaria. En todo caso, se evidente que la opción más responsable y respetuosa es que la guía de ese cambio fuese pedagógica, pero frente a la casi extinción de la reflexión pedagógica, debemos ponernos en capacidad de dar forma a su ausencia, reconocerla y trabajar para superarla. En la medida en que empecemos a hacerlo, empezaremos a ver otras perspectivas para nuestro quehacer cotidiano y a comprender muchos de nuestros sentimientos y confusiones actuales. Y estaremos en la vía de la reflexión sobre lo que debemos planear para el futuro. Frente a los discursos de control, expresados en el exceso de administración, lo que necesitamos es liberar los pensamientos, los discursos, las voces y rescatar los mejores valores escolares para transformar estructuralmente no solamente la facultad o la universidad, sino todo el sistema educativo.

En conclusión, la recuperación del pensamiento pedagógico es la mejor vía para fortalecernos individual y colectivamente, de reconocer nuestro patrimonio común y nuestra diversidad y la única vía real para hacernos partícipes de la toma de decisiones en el futuro inmediato.

Con o sin constituyente universitaria, hoy necesitamos prioritariamente repensarnos

Es prioritario restablecer una comunicación respetuosa y profunda con nosotros mismos. La Academia en su lado luminoso es una institución de *pares*. Requerimos revisar colectiva, rigurosa y afectuosamente nuestras prácticas pedagógicas y comunicativas, las definiciones de nuestros objetos de estudio, los diálogos con otros objetos y prácticas y romper el cerco de las especialidades y de los intereses particulares, sin negarlos, pero sin ahogarnos en ellos.

Debemos reconocer lo que tenemos en común que no niega nuestras singularidades, sino que las sitúa en un escenario dialógico; así podremos hablar desde un lugar de fortaleza con las instancias externas, recuperar liderazgos, Para presentar un frente común que destierre las exclusiones, los abusos de poder y superar inequidades históricas.

Aunque la crítica a la noción decimonónica de *progreso* es uno de los pilares del pensamiento crítico desde finales del propio siglo XIX, todavía hay un peso enorme sobre nuestras cotidianidades que se convierte prácticamente en una cadena: el imperativo de programar el futuro, con él, nuestros intentos de cambio e innovación se estrellan contra una imposibilidad porque la construcción del futuro posible solamente puede darse de la mano con el estudio profundo de las grandes tensiones que vienen del pasado, de las cuales no podremos liberarnos si no las analizamos con todo el rigor que la propia academia nos ha dado. “La tradición de todas las generaciones muertas opriime como una pesadilla el cerebro de los vivos”, decía Marx para advertirnos de la necesidad de encontrar en el pasado el impulso que realmente nos permita dejarlo atrás.

Debemos diagnosticar colectivamente el estado de nuestros objetos de estudio y de nuestros estamentos, eso exige recuperar el sentido político y participativo de los claustros y colegiaturas, que fueron creadas como instancias de gobierno universitario, construir estrategias propias de información, de comunicación y de debate. En el conflicto que acabamos de pasar, se dio una valiosa dinámica de recuperación de espacios colectivos de deliberación autoconvocados, que contribuyó al pensamiento y a la acción colectiva; ese germen debe ser fortalecido para que la deliberación sobre la facultad y la universidad vuelvan a ser temas de nuestra cotidianidad y no solamente de la anormalidad académica.

Con una comunidad autoconsciente, podremos luchar mejor para que las artes tengan el lugar que merecen en la estructura universitaria y, más allá, proyectar hacia el país la ingente producción y pensamiento que producen todos los días nuestros programas y que permanece en gran medida oculta, incluso para nosotros mismos. El signo de los tiempos en la Universidad Nacional es el del cambio, nuestra urgencia es llegar a él como un colectivo fuerte, claro y assertivo, no con la debilidad inherente a una comunidad dispersa. Corren nuevos vientos; es hora de moverse.

El distanciamiento

El distanciamiento y la dificultad de diálogo entre la comunidad académica tienen muchas causas que deben ser estudiadas: la tendencia moderna a escindir el conocimiento en disciplinas fuertemente ensimismadas, la dificultad de reconocer problemas comunes, el

desánimo colectivo cuidadosamente cultivado por el poder político, la tendencia a definir el ejercicio de las artes bajo un régimen de singularidad que privilegia la acción personal en un contexto de disolución del sentido de lo público... hay una tarea que debe iniciar con diálogos profundos; por eso, no propongo algún tipo específico de reforma, sino un reconocimiento de lo que somos y lo que hemos sido para, en conjunto, definir qué facultad queremos o podemos tener.

En resumen: un gran acto colectivo de escucha.

Ese diálogo necesariamente debe ampliarse a los mismos programas de otras sedes: Arquitectura de Manizales y Medellín, Artes Plásticas de Medellín, Diseño Industrial de Palmira. No para unificar, sino para enriquecer el pensamiento; es absurdo que no estemos pensando juntos; redefinir o confirmar los principios compartidos es asunto de voluntades, más que de reglamentos. Es importante poner a dialogar los diferentes enfoques políticos referentes a definición de roles, formas de dialogar, delimitación de espacios, propósitos y criterios generales sobre los que se sitúen las didácticas y definiciones específicas diversas. Eso presupone una delimitación cuidadosa de las esferas de público y de lo íntimo y sus interacciones y una clara necesidad: esa acción debe involucrar estructuralmente los tres estamentos que nos componen.

Para iniciar ese amplio diálogo, la primera condición es plantear **una decanatura cercana a la comunidad**, abriendo radicalmente las posibilidades de comunicación y de información. Actualmente, la Facultad contraría su propia naturaleza: no es buen lugar de encuentro, expresión, comunicación o información. Las políticas elitistas de la división de divulgación cultural y patrimonio, perdiendo su sentido universitario, han causado un grave daño a la vida académica y es urgente contribuir a la recuperación de su sentido público. Las redes sociales son útiles y tienen un gran potencial, pero no pueden nuestra única fuente de comunicación. Necesitamos espacios, a los que contribuirán el Centro de Divulgación y Medios y Unimedios.

Aunque, evidentemente, en nuestros problemas hay otras fuentes externas; por ejemplo, la rutinaria limitación presupuestal que convierte la *emulación en rivalidad* indeseable entre personas y unidades y estamentos, el distanciamiento se alimenta de hechos como que entre las disciplinas hay historias compartidas que nociones equivocadas de especialización y de defensa de lo propio han desvirtuado, empobreciendo los intercambios y la forma de las disciplinas de verse a sí mismas.

La Escuela de Bellas Artes en su fundación tenía una sección de arquitectura y estaba conectada con la Escuela Nacional de Música. El programa de ingeniería, a comienzos de siglo XX sentó las bases para el programa de arquitectura, que luego propició el nacimiento de Diseño industrial; en Bellas Artes hubo prácticas de cine y de ella surgió Diseño Gráfico. **Es tiempo de dejar de insistir en diferencias epistemológicas, que nadie niega, y trasladar la atención a los problemas políticos comunes que enfrentamos.** De que la enseñanza de las artes recupere su experiencia integral.

Los diálogos que se proponen no serán para *hacer la tarea*, no tendrán agenda ni productos predeterminados, versarán sobre preguntas y reflexiones esenciales. Una mala práctica común en la UN es la de administraciones que llegan con su paquete de cambios, sin consultar lo que se ha hecho ni evaluar las razones que justificarían el cambio. Los procesos de reforma que están en curso, sin ser negados, deben entrar en estado de suspensión, hasta tanto no haya una definición de principios construidos por la facultad en su conjunto y se defina el rumbo de la constituyente universitaria.

Las transformaciones llegarán cuando haya claridad respecto de lo que queremos y cómo lo queremos. Venimos de veinte años de un régimen autoritario, descalificador y excluyente. No necesitamos más reformas parciales que sigan fragmentando nuestra cotidianidad.

2.

Una Reflexión colectiva sobre la salud emocional de la comunidad. Las políticas educativas neoliberales, los abusos de poder, la pandemia y el conflicto en la Universidad generan hoy un estado generalizado de vulnerabilidad.

Para cualquier pedagogo, la pregunta sobre el sentimiento de su comunidad es punto de partida esencial. Este siglo se ha caracterizado entre otras cosas por la irrupción de toda clase de movimientos de resistencia que van desde la reivindicación de la no violencia y el diálogo con el planeta hasta la resistencia en las calles con diversos grados de violencia. Nadie puede desconocer que las poblaciones están hartas; de la pobreza, de la falta de oportunidades, de la discriminación, de que su destino se juegue en las bolsas de valores, de que las decisiones siempre se tomen en los mismos lugares de poder, de consumir una cultura de masas deleznable, de ser invisibles.

La verdadera pedagogía reivindica el sentimiento, no el sentimentalismo ni la manipulación emocional, sino el que representa una forma de estar en el mundo y expresa una condición política.

Un tema fundamental de nuestros diálogos será construir una estructura sólida de estudio, escucha y cuidado en relación con la salud emocional, que representa un problema global, en particular para el campo educativo. Los abusos de poder en la Academia son un riesgo tan cercano como los riesgos de lesiones en la práctica deportiva profesional. La Academia, en tanto fuente de legitimidad para el conocimiento, es una institución de poder y, si no es consciente de eso, en su interior pueden medrar toda clase de abusos, de los cuales las violencias basadas en género son solamente una parte, muy visible y muy preocupante, pero no la única.

A eso contribuyen muchos factores; uno de ellos proviene de la naturaleza misma de la institución académica, que tiende al elitismo, (recordemos la fricción, en la designación reciente de rector, entre los conceptos de *democracia* y *meritocracia*). Los métodos dogmáticos de la Academia desde el siglo XIX y el método lancasteriano, que asumió como

lema *La letra con sangre entra y la labor con dolor*, fueron adoptados por los gobiernos, y aún se enseñaban en las escuelas normales en el siglo XX.

El abuso de poder no es un accidente, ni se debe a algunas “manzanas podridas”. Hoy, pedagogías tecnocráticas delatan una profunda aberración en el sistema, que no nos permite dialogar. Lo decimos todos los días: tenemos la impresión de estar trabajando para la administración, no que ella trabaje para la docencia. Si la pedagogía se deja librada solamente al sentido común, frecuentemente se inicia repitiendo la manera como uno fue formado, casi siempre con grandes dosis de arbitrariedad. Y sus estereotipos se idealizan como sucede en la película *Whiplash*. Hay cientos de documentales que describen excesos continuados de poder de directores de orquesta o de cine, a nombre de su genialidad y esas prácticas se normalizan. El movimiento *me too* ha evidenciado arbitrariedades que datan prácticamente del inicio del cine como industria. Los abusos de poder son tan viejos como la escuela, así ella sea una institución basada en el respeto y dedicada al cuidado; no basta con declaraciones condescendientes, si no hay una actividad consciente y alerta, los abusos ocurren como las lesiones en un partido de fútbol.

No es simplemente un problema de buenos y malos; es uno de tantos problemas de un sistema político interesado en acallar el pensamiento crítico, de manera que termina favoreciendo las malas prácticas y degrada ejercicio de la docencia a una actividad burocrática de control de las mentalidades. Por eso, hay que conversar sobre **nuestras** propias definiciones. Hablar de cómo el sistema de poder trabaja todos los días, utilizando ingentes recursos financieros, humanos y artísticos para mantener formas manipulación de las subjetividades. Una facultad de artes tiene que reflexionar eso y ponerse en capacidad de ofrecer alternativas éticas y políticas.

Si recuperamos al menos parcialmente la salud de la comunidad, podremos enfrentar otros retos que se relacionan con esferas externas a la Facultad. Hay que debatir con fortaleza sobre el lugar y el rol de las artes en la estructura de la Universidad Nacional, pues su situación ha estado marcada por la inequidad. No tiene presentación que se diga que la Facultad de artes está casi siempre en estado cercano a la quiebra y que sus mejores esfuerzos se tengan que desdibujar pagando un déficit que no termina.

El problema de la Universidad es de sentido, no de gestión, dice el sabio profesor José Gregorio Rodríguez. Necesitamos cuerpos colegiados que puedan reflexionar y construir sentido, no que se desgasten gerenciando la escasez. Los recursos propios de la Facultad, que pueden ser muchos sin negar sus compromisos misionales no deben nunca ser destinados a funcionamiento, sino a inversión. Lo contrario, es una forma de abuso de poder sobre la que debemos actuar.

3.

Una política de comunicación e información que relance la publicación y divulgación de nuestras producciones y abra diálogos profundos en la Facultad, con la Sede, con la Universidad y con el país.

Publicaciones

El número de publicaciones de la Facultad se redujo sustancialmente en los últimos años, mientras que nada hace pensar que la producción de documentos e investigaciones haya bajado su ritmo. El conocimiento construido no puede quedarse en el círculo estrecho de donde surgió; debe dirigirse sobre todo al exterior. La voz, las imágenes, los sonidos, los proyectos, productos y diseños deben estar en las salas especializadas, en las bibliotecas y centros de documentación, en los museos y en la calle. No exagero diciendo que la Nación entera espera saber cómo se están pensando en nuestra Facultad sus objetos de estudio y es un deber político responder a ese deseo. La facultad tiene que reflexionar sobre eso y ponerse en capacidad de visibilizar nuestro pensamiento, nuestras producciones y recuperar un liderazgo intelectual, estético, ético y político, porque muchas de nuestras investigaciones y producciones se están dirigiendo a un público muy restringido o, incluso, están quedando guardadas sin mayor difusión.

Eso exige un activismo estructurado y tener una amplia plataforma de divulgación del trabajo académico. Por señalar un solo ejemplo, el doctorado en arte, arquitectura y ciudad debería tener al menos un evento anual de carácter nacional. La difusión del conocimiento se refiere a mucho más que las revistas indexadas. El término *publicación* se refiere a *hacer público*. Sin descuidar las formas tradicionales, hoy en día hay un amplísimo rango de posibilidades de publicación y encuentro en Red; la Facultad debe apoyar varios niveles de publicación, desde revistas cercanas a la cotidianidad, hasta productos editoriales muy elaborados, orientados por cuerpos colegiados propios y que podrían estar vinculadas a los Programas de Trabajo Académico, trabajos de promoción y sabáticos de los docentes y a actividades curriculares y extracurriculares estudiantiles.

No es difícil alimentar todo un sistema de publicaciones con los productos habituales de los cursos y actividades académicas, sin necesidad de crear nuevas instancias o actividades; desde reseñas y traducciones, hasta documentos de reflexión y análisis de gran envergadura, pasando por creaciones de todos los órdenes, se encuentran en todos los espacios de la Facultad y muchas de esas producciones merecen participar en dinámicas de enriquecimiento mutuo, diálogos e intercambios en diversas plataformas y formatos y con diversos públicos.

Comunicaciones

Uniendo personas y recursos de la Facultad y las posibilidades que ofrecen unidades como Unimedios y el IEKO, se debe construir una red de comunicación hacia el interior y hacia el exterior, veraz, rigurosa y amable, en donde puedan circular temas relacionados con la vida de la comunidad, los procesos y definiciones políticas que nos conciernen y la difusión de eventos. En este sentido me comprometo, si llego a la decanatura a mantener un espacio

permanente de información desde ella, con una regularidad no mayor a tres semanas. Llevamos décadas sin siquiera ver a las autoridades universitarias, no tenemos medios de comunicación, diálogo con ellas y, mucho menos, de debate, acción tan necesaria para la vida universitaria.

Tres hechos actuales nos muestran el frágil estado de nuestras comunicaciones. Es verdaderamente lamentable que el único medio masivo de comunicación entre docentes de la Universidad es una lista de correos en el correo oficial. Si bien ha prestado servicios importantes e interesantes, evaluada con rigor académico actualmente su acción es vergonzosa. Si una facultad como la nuestra con sus recursos comunicativos no estuviera en capacidad de construir para sí misma unos medios propios, sería una realidad verdaderamente alarmante; creo que tenemos la capacidad no solamente de hacerlo, sino también de ofrecer a la universidad en su conjunto alternativas comunicativas. En segundo lugar, y esto no incluye juicios de valor a nadie, menciono la fuerte ruptura entre decanatura y una parte significativa de la comunidad durante el paro que acaba de darse, el más duro en mucho tiempo. Fue muy claro el conflicto entre las comunidades y sus dirigentes o representantes, y, en él, la falta de comunicación fue un problema evidente que agravó todas las circunstancias. A esto se suma el tercer hecho: la ausencia de fuentes confiables de información que está alimentando molestias, enfrentamientos, falsas acusaciones y ocultamientos de verdades y un altísimo nivel de confusión, de desaliento y de enfrentamiento en todos los niveles.

Publicación, comunicación e información deben constituir un frente muy sólido de recuperación de la salud de la comunidad como tal, pero debe complementarse con un programa muy estructurado y profesional de *escucha*. Durante el paro tuve noticias de algunas iniciativas que, de diferentes frentes, espacialmente en Ciencias Humanas, se están dando la Facultad debe apoyar y ampliar estas iniciativas.

Adicionalmente, incluyo en este campo la necesidad de apoyar para fortalecer los programas de prácticas y pasantías, consultando las experiencias fuertes que se han construido en el pasado, por ejemplo, por el programa de Diseño Industrial y de evaluar la posibilidad de que exista una unidad específica de los posgrados, en conjunción con las áreas curriculares actuales, pero con propósitos propios porque tienen problemáticas muy específicas y por su naturaleza con frecuencia desbordan las lógicas disciplinares de las áreas.

Las transformaciones de fondo llegarán cuando haya claridad respecto de lo que queremos y cómo lo queremos. Venimos de veinte años de un régimen autoritario, descalificador y excluyente. No necesitamos más reformas parciales que sigan fragmentando nuestra cotidianidad.

4.

Impulsar la creación de un sistema nacional de investigación en artes y humanidades y un centro nacional de la imagen

La investigación y las artes.

Uno de los elementos que siguen requiriendo un tratamiento especial tanto en el ámbito universitario como en los espacios culturales en Colombia es la investigación en relación con las artes. Hay ya bastantes discusiones teóricas que justificarían una centralización del tema por parte del Estado en un organismo específico y, por otro lado, los modos como se asume en el ámbito nacional la legitimación de la producción y de la investigación en las artes deja aún mucho que desear. La tensión entre las formas hegemónicas que –con gran peso del ámbito comercial- definen identidades de personas, regiones, lugares, cultura material y espiritual y otras formas locales, marginales, espontáneas o tradicionales no es muy clara y sus intersecciones merecen ser mucho mejor estudiadas desde una perspectiva estatal con el apoyo decidido de la Academia.

El mundo de la producción artística es extraordinariamente rico y las obras de *creación* pura son solamente una parte de él. Nuestra facultad, en donde hace presencia un rango inusitadamente amplio de matices que, sospecho, no es común en el mundo, es muestra fehaciente de ello. Sin embargo, a pesar de tener todos los insumos conceptuales para la comprensión de su complejidad –o, por lo menos, para su estudio- la Facultad ha fragmentado el problema de la misma manera como se ha fragmentado su comunidad. Pensemos en la gran paradoja que significa que seamos una facultad de artes, una de cuyas áreas curriculares se llama “artes”; entonces, ¿las otras qué son?

Esta fragmentación hace que, por señalar solamente un caso, en dos décadas no haya encontrado la cohesión para enfrentar como un problema común la pérdida de toda clase de relaciones con el sistema de cultura, patrimonio y museos de la Universidad.

Hice parte del consejo de facultad que, con la muy sabia dirección de Beatriz García, abordó la reestructuración académico administrativa que se adelantó en toda la universidad a finales del siglo XX e inicios del XXI. Fue un gran trabajo, inteligente, sensible y cuidadoso. No pasaban aún diez años de la reforma Mockus-Páramo que, según mis investigaciones, creó el mejor programa que se haya planteado para la enseñanza superior de las artes plásticas e intuyo que tuvo también grandes valores para todas las otras disciplinas. Dicha reestructuración depuró la estructura administrativa, actualizó los problemas a tratar y fue muy respetuosa con las especificidades de las disciplinas, al tiempo que creó espacios muy fuertes de trabajo común, como la Escuela Interdisciplinaria de Posgrados y nuevos Institutos.

La arquitecta Beatriz estaba adscrita al Instituto de Investigaciones Estéticas y comprendía muy bien la necesidad de fortalecerlo y defender su tradición, creada desde los años setenta, pero también, como arquitecta, tenía muy clara la dimensión de los lenguajes y las prácticas artísticas, de manera que propuso y materializó los cuatro institutos que desde ese momento

teóricamente guían la investigación en la Facultad. Digo “en teoría” porque sus realizaciones han sido muy irregulares y tienden a reducirse a ser oficinas de trámite de proyectos y de adjudicación o solicitud de tiempos en jornadas de trabajo.

Considero un gran logro la estructuración de esos institutos, para mí fue verdaderamente un honor ser el primer director del Instituto Taller de Creación, el primero de su naturaleza en el país, darle forma y echarlo a andar; ese conjunto de institutos sigue siendo muy pertinente e importante, pero se ha desvirtuado por la enorme presión que ejercen los intereses individuales y grupales que van en contravía del pensamiento integral.

¿Habrá alguna disciplina que no tenga algo que ver con la tecnología, la ciudad, el hábitat y el territorio, o con la creación? Sin embargo, pareciera que la esencia de los institutos fuera la de ser unidades relacionadas con un programa curricular. La tendencia a definir toda la estructura académica por sectores muy delimitados rompe las posibilidades de tener un componente de investigación fuerte y profundo que contribuya a superar la inmadurez de la comunidad.

El debate sobre los modos de investigar en las artes ha avanzado mucho en las últimas décadas y se ven algunos avances en la universidad, pero la necesidad mayor hoy en día se relaciona con las políticas nacionales y la situación no cambiará hasta tanto no se den cambios profundos en los gobiernos –el universitario y el nacional– y la facultad de artes de la universidad de la Nación debe tener una presencia assertiva y propositiva, teniendo en cuenta elementos como los siguientes:

Antecedentes

El esquema básico de la Universidad como la conocemos hoy, se remonta a su reestructuración en 1935, año de la Ley Orgánica. En ese momento fueron creadas la Universidad Nacional y la escuela Normal Superior, situándose en esta última las humanidades que iniciaban su definición como disciplinas universitarias. Las Escuelas de Bellas Artes y de Música, el Conservatorio Nacional, deberían tener una comunicación con ambos ámbitos y, de hecho, la primera se trasladó a las instalaciones de la Universidad, pero simultáneamente se les adjudicaba como propósito importante la formación de docentes que viajaran a todas las regiones, en particular a las escuelas rurales. Esta fusión fracasó por molestias políticas, diferencias ideológicas y posturas personalistas, de manera que la fusión sólo se dio 30 años después. Por otro lado, la Normal Superior fue cerrada apenas pasados un poco más de quince años, de manera que en los años sesenta, cuando las disciplinas artísticas y humanísticas empezaron aclimatarse nuevamente en el campus universitario, la Universidad Nacional tenía una estructura decididamente comprometida con el pensamiento científico y el único espacio cercano a nuestros ámbitos era la facultad de arquitectura, que había construido una verdadera escuela de arquitectura nacional.

Aparte de eso, las humanidades y las artes tuvieron que llegar a construir un espacio en la estructura universitaria en los años sesenta. A partir de la configuración de la actual facultad de artes a partir de 1965, la construcción de una universidad con una perspectiva académica realmente integral que comprende el valor de la presencia de los campos de las humanidades

y las artes ha avanzado, pero todavía tiene tareas pendientes, en particular porque a partir de la reforma académica 2005-2009 la hegemonía de las ciencias aplicadas y los criterios de eficiencia impuestos al modelo educativo han endurecido el pensamiento universitario, planteando un gran retroceso respecto del proceso que se estaba llevando en la última década del siglo XX.

A la Universidad todavía le cuesta entender y, por lo tanto, asumir la responsabilidad política y administrativa que le corresponde en relación con la facultad de artes, a la cual debe tratar con equidad y, si es necesario, luchar por presupuestos adecuados donde debe ser, en las instancias externas, no trasladando el problema a su interior, obligándola a sacrificar parte de su esencia y del cumplimiento de sus deberes misionales. El enorme aporte que en lo cultural ofrece una facultad de artes no se compara con otras dimensiones más pragmáticas de la vida social; las artes deben ser reconocidas en su especificidad.

Una universidad sana no puede mantener unidades en estado permanente de excepción. Ese es un debate que no puede darlo una comunidad dispersa y dividida internamente.

El pensamiento de la investigación en la Universidad ha reconocido como parte integrante la *creación artística* (que está presente bajo una diversidad de modalidades en nuestra facultad, no solamente como *producción de obra de arte*), pero en muchos terrenos aún sigue siendo un reconocimiento nominal que necesita volverse concreto. Y la ampliación de ese camino pasa necesariamente por asumir la una gran necesidad de pensar un modelo de universidad verdaderamente nacional, que abra caminos alternativos; modelo que, bajo las condiciones actuales, sólo surgirá rompiendo las lógicas centralistas y asumiendo la gran riqueza cultural de la Nación y de sus sedes. Así como en muchas ocasiones el arte ha sido *lo otro* del pensamiento universitario, los pensamientos de los pueblos originarios todavía siguen siendo *lo otro* para la Academia. Las comunidades sociales y académicas de las artes son guardianas de saberes que la modernidad eurocéntrica dejó en los márgenes, pero su recuperación no se logra apropiando acríticamente, gestos, rituales o acciones descontextualizadas; el verdadero cambio exige desplazarse de la racionalidad instrumental, que tiene un sentido y un lugar, pero no debe seguir siendo hegemónica. El contacto generador, fructífero y nutritivo con los otros lugares y cosmovisiones exige una lógica integral, sensible, rigurosa y muy cuidadosa. Reconocer que todos estamos en el margen. En esa lógica, las artes deben cumplir una función central, salir de la lógica neoliberal de los *productos* y retomar el problema de la *experiencia*.

En todo caso, esas tareas presuponen la presencia del **Otro que interpela** y contribuye a depurar el pensamiento. Hay que dialogar y pensar alianzas con otras facultades y otras disciplinas; por ejemplo, con la facultad de Ciencias Humanas, que adelanta la *Misión ciencias humanas*. Hacer posible una acción de gran envergadura que fortalecería el campo de la cultura, asociándole el debate que la Facultad de artes lleva varias décadas adelantando, sobre la investigación y la creación en artes y su validación académica y social. Una alianza fuerte, sustentada en la legitimidad de la Universidad de la Nación que proponga a los ministerios de educación, cultura y ciencias la configuración de un **sistema nacional de investigación en artes y humanidades**. No se debe seguir el proceso que han apoyado

universidades privadas y organismos como Acofartes para garantizar un pequeño nicho en el Ministerio de ciencias –que detenta todo el poder legitimador de la investigación- sometiendo las producciones artísticas a una lógica científica que no tiene mayor relación con su naturaleza y, de paso, a las imposiciones de la economía naranja y las industrias culturales. Las artes y las humanidades necesitan un lugar propio y digno en todos los ámbitos del pensamiento

En busca de una Nación diversa

A pesar de los logros de la Constitución de 1991, como la institucionalización de campos como la educación artística y la etnoeducación, hay mucho trabajo por hacer todavía. Por todas partes encontramos distintos signos que delatan lo mismo: el desinterés nacional por lo relacionado con humanidades, artes, cultura y, por extensión con la educación. No porque no se reconozcan sus valores y potencialidades, como mucha gente aún cree, sino porque -justamente- se les reconocen; hay un formidable aparato de poder destinado a acallar y distorsionar sus desarrollos que, bien comprendidos y asumidos, pueden suscitar una transformación radical en la sociedad. El discurso hegemónico cultural en Colombia, a pesar de la cantidad y variedad de manifestaciones regionales, ahonda el abismo que separa las élites con sus valores cosmopolitas a los que denomina *alta cultura* y las poblaciones sumidas en la ignorancia de sus memorias, sus devenires y de sus propios sentimientos, neutralizadas y controladas por expresiones adocenadas que construyen las propias élites, que constituyen la *baja cultura*.

Hay que hablar con proyectos alternativos como la Universidad Autónoma Indígena Intercultural UAIIN, del Consejo Regional Indígena del Cauca- CRIC o la especialización Pedagogía de la Madre Tierra, creada por Abadio Green y, sobre todo, con las sedes de frontera de la UN. Si hay una plataforma ideal para estimular, enriquecer y profundizar proyectos de nación inclusivos es la de los campos de las artes, pero no con la lógica de comunicación en una sola vía, como se percibe en los programas de admisión especial. La Facultad podría liderar experiencias innovadoras como **programas de artes integradas** (o, tal vez mejor, **programas integrales** de artes) en los cuales, en vez de seguir un enfoque convencional que subdivide permanentemente el problema en unidades más pequeñas y especializadas, convocara una base esencial de la *experiencia*; saberes académicos y saberes locales, reconocidos en su complejidad, trabajando juntos para, en un segundo nivel, proponga especialidades muy precisas de modo que fueran lugar de encuentro de dos grandes tradiciones: los lenguajes y pensamientos regionales y los lenguajes y pensamientos académicos en un espacio fundamentalmente dialógico e interdisciplinario. En esta exploración, dos sectores que pueden aportar mucho son el de los actuales estudiantes de admisión especial y la comunidad egresada.

El estudiante de doctorado William Martínez, reportero gráfico e investigador avanza en la propuesta de pensar un **centro nacional de la imagen**, que recogiera una amplia gama de imágenes, pensamientos, reflexiones e investigaciones en relación con la imagen y la memoria de la Nación. Creo que es una excelente iniciativa que la Facultad de Artes debería

apoyar y aportar en la misma dirección señalada para el sistema nacional de investigación en artes y humanidades.

La extensión

A parte de estas ideas de un nivel de país, hay un sector que une nuestra cotidianidad y nuestras acciones a distintos sectores externos: la extensión.

La extensión invoca dos grandes preocupaciones: la proyección del conocimiento universitario hacia la vida social en términos muy precisos y prácticos y el apoyo a la financiación de la Facultad.

En cuanto a la primera, es importante fortalecer un programa de oferta de actividades de diferente índole que, con un sólido fundamento pedagógico construido desde los programas curriculares, construya un trabajo sistemático que aporte a la educación y la investigación de las comunidades externas con elementos surgidos tanto de la investigación y divulgación de nuevo conocimiento, como de los conocimientos generales de nuestras comunidades y, por otro lado, un claro y profundo espacio de extensión solidaria que acompañe y apoye a las comunidades en sus procesos cotidianos.

Estas actividades deben recoger múltiples iniciativas y posibilidades del cuerpo docente que pocas veces tienen eco en la administración central y, también, convocar a la comunidad egresada y la estudiantil.

En cuanto el aporte a la salud financiera de la Facultad, debería encontrarse un equilibrio entre la calidad académica y las transferencias que estas actividades produzcan, siguiendo siempre el principio de priorizar el saldo educativo de las actividades y su potencial formativo hacia la comunidad estudiantil. La otra faceta de la extensión son los grandes, medianos y pequeños proyectos que requieren de un equipo especializado, de una experticia y experiencia en el campo. Serán nombradas al frente de estas unidades personas que cuenten con toda la idoneidad y eficiencia en su trabajo.

Todo esto requiere una serie de decisiones administrativas; siempre con la guía de una estricta condición ética, deben darse algunos ajustes como, por ejemplo, hacer un exhaustivo análisis par reducir trámites innecesarios, propender a la contratación previa, respetar el principio de que los ingresos por extensión, como ya se dijo, no vayan a financiar el funcionamiento –que es responsabilidad de la institución universitaria y no de su comunidad– y estimular la actividad estudiantil y egresada.

Consideraciones finales

Si se hubiera de definir la democracia podría hacerse diciendo que es la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona.

María Zambrano

Reitero la definición central de esta propuesta: se trabajaría desde el comienzo con el propósito de fortalecer la comunidad mediante un trabajo colectivo que involucre a todos los sectores de la Facultad: estudiantil, docente, egresado y administrativo, a través de encuentros programados desde las coordinaciones curriculares, de donde saldrán insumos para participar en la toma de decisiones institucionales. Ese proceso deberá fortalecer la comunidad para que tenga una presencia más fuerte en el contexto universitario y en el nacional. Es el momento para eso, una ocasión que no hemos tendido en dos décadas, en las que han predominado unas condiciones adversas para asumir un papel activo y propositivo en los procesos que nos conciernen.

La Universidad enfrenta un proceso de cambio que se ha denominado *constituyente*. En términos ideales, se trataría de una refundación, proceso en el cual debería participar toda la comunidad, pero es muy posible que, al menos en su etapa más fuerte, la discusión se centre en el problema de la gobernabilidad, como ha sucedido en los movimientos universitarios desde hace más de un siglo. En uno u otro escenario, la comunidad de la facultad de artes debe estar a la altura del compromiso para tomar sus propias decisiones.

Con o sin constituyente, la Facultad de Artes de la Sede Bogotá requiere de una refundación. Un proceso de esa naturaleza no se hace de un día para otro, requiere por lo menos de dos grandes condiciones previas: un muy cuidadoso diagnóstico de su situación actual y de las razones específicas que justifican ese cambio, y un nivel de diálogo y debate muy cualificado para orientar adecuadamente ese proceso.

Cuál sea el horizonte renovado que la guíe, solamente lo puede saber ella. No pretendo tener en mi cabeza un modelo que quiera empezar a desarrollar o a imponerle. Espero en los próximos dos años cambiar la idea de que las condiciones administrativas y financieras deben determinar cómo la Universidad de la Nación debe pensar sus objetos de estudio y que el centro de gravedad se sitúe en la reflexión pedagógica.

Nuestro núcleo de sentido parte de nuestros pensamientos, nuestras prácticas y de nuestro sentir colectivo, convocados por la realidad contundente de que somos una institución y, por lo tanto, una comunidad educativa. Si logramos recentrarnos, estaremos en la dirección adecuada para que la Facultad alcance su mayor potencial y cumpla con todas las expectativas que la sociedad se hace de la universidad de la nación.

Muchas cosas nos dispersan, nos invisibilizan mutuamente, nos debilitan y nos desalientan. En un conglomerado tan grande y complejo como es nuestra facultad y con los complejos tiempos que atravesamos, me parece sorprendente que no tengamos un análisis colectivo del impacto sobre el pensamiento de los talleres de circunstancias como la demolición del

edificio 303 y los eventos subsiguientes, de la pandemia y la virtualización brusca de las asignaturas o de las condiciones que genera realizar talleres de artes plásticas en un edificio de rigurosa conservación arquitectónica, o del impacto de las tecnologías de la representación, por mencionar sólo algunos factores de orden espacial; que sólo haya tres candidatos para la decanatura (todos hombres), que por primera vez no haya candidaturas desde el programa de Arquitectura, cuya presencia ha sido tradicional en estos procesos; que para llenar la vacancia de la representación profesional al consejo de facultad, solamente haya una plancha, como sucedió también en la última elección de representantes estudiantiles para el Consejo de Facultad.

Parece que, por fin, Universidad Nacional comprende que su primer compromiso es pensarse de forma permanente y crítica a sí misma, como condición fundacional para poder llevar a cabo sus funciones misionales. La forma actual de Facultad no logra dar cuenta de su complejidad. Mis investigaciones me han mostrado que es necesario hacer un gran diagnóstico que abarque desde la reforma de 1993 hasta el día de hoy, antes que proponer reformas parciales que, sumadas, no constituyen un proyecto de Facultad. Para establecer la reflexión colectiva que nos permita pensar los grandes cambios, hay una condición: hablar entre nosotros, reencontrarnos, saludar nuestras semejanzas y diferencias, escuchar a las generaciones egresadas; reconocernos como comunidad diversa con un proyecto común, a través de una gran acción de escucha mutua que precederá a nuestra gran acción política: la refundación de la Facultad de Artes.

Respetuosamente,

Miguel Huertas

Escuela de Artes Plásticas – Doctorado en Arte, Arquitectura y Ciudad, línea Estética y Crítica